

## Prefacio

Desde finales de los años 80 del siglo pasado mi padre, Ignacio Hernando de Larramendi, ambicionaba la idea de proceder a la localización de antiguos combatientes de Tercios de requetés y a la recolección de sus testimonios. Tras su fallecimiento en 2001, ello pudo hacerse a través del esfuerzo incansable de Pablo Larraz y de Víctor Sierra-Sesúмага, continuando los trabajos de Jesús María Ibero, culminando todo ello en la publicación, en 2010 –con el patrocinio de la Fundación Ignacio Larramendi y de un pequeño grupo simpatizantes con su historia– del magno libro “Requetés, de las trincheras al olvido”, que rescataba la memoria de aquellos combatientes voluntarios carlistas.

No todas las entrevistas hechas pudieron incluirse en el volumen, amplísimo volumen, y algunas están todavía disponibles en la página web de la Fundación Ignacio Larramendi (<http://www.larramendi.es/testimonios.requetes/>)

Los autores del libro, mi padre, la Fundación, y todos aquellos que sienten afecto por aquellos hombres valientes, creemos que con ello se cumplió una honrosa misión para evitar que, por ley de vida, desapareciera la memoria y el recuerdo de aquellos voluntarios que hicieron un sacrificio extraordinario en lucha por sus ideales.

Cinco años más tarde, en 2015, se cumplían los 150 años de la fundación, en 1865, de la firma legal Elzaburu, de la que he sido socio durante muchos años, y con ocasión de las celebraciones del aniversario decidimos hacer una jornada de puertas abiertas para que los familiares de todos aquellos que trabajaban en la firma, tuvieran ocasión de pasearse por las instalaciones, participar en un pequeño acto, y disfrutar de un rato de convivencia en el lugar en que sus allegados tantas horas pasaban...

En esa jornada, una joven colaboradora del despacho, Ana Sola, decidió que el familiar que le acompañara en aquella ocasión fuera su abuelo, don Félix Urrizburu Cabodevilla, en tanto que yo fui a la ocasión acompañado de mis tres inquietos nietos sevillanos de

3, 6 y 8 años por aquel entonces. Quizá por estar pendiente de ellos no tuve ocasión de hablar en profundidad con don Félix sobre sus vivencias de requeté.

Porque ya había sabido, a través de su nieta, que don Félix había sido requeté en la guerra, y precisamente por ello le había hecho llegar a través de ella un ejemplar del libro “Requetés, de las trincheras al olvido”

Años más tarde, en el verano de 2019, mi querido amigo Alfonso Bullón de Mendoza –sin cuyo concurso muchas de las actividades de la Fundación Ignacio Larramendi relacionadas con la Historia del Carlismo no hubieran podido realizarse...– me dijo que el general Fernando Alejandro, JEMAD, es decir Jefe del Estado Mayor de la Defensa en España, con quien había coincidido, le habló de la existencia de un libro que le gustaría publicar escrito por un requeté que había luchado en la guerra junto con su abuelo en Radio Requeté de Campaña.

Ese libro –que es este que aquí se presenta– como relata el Prólogo que ha preparado el general Alejandro y que figura a continuación de estas líneas, había estado en su poder durante muchos años, más de veinte, desde que se lo entregara don Felix, hasta que tras la conversación con Alfonso Bullón de Mendoza, creyó que podría publicarse con el concurso de la Fundación Ignacio Larramendi.

La cosa me interesó por muchas razones, la primera porque estaba en el objeto de la Fundación la divulgación de la influencia histórica del carlismo en la sociedad española, y el requeté había sido algo muy relevante durante el período de la guerra civil; pero también y de manera muy especial, porque mi padre, instituidor y presidente de la Fundación, había combatido precisamente en la Segunda Compañía de Radio Requeté de Campaña, en Albarracín y Alba, según cuenta en su libro “Así se hizo Mapfre. Mi tiempo”.

Mi padre, con 16 años, se lanza, desde San Sebastián, a recorrer los frentes de guerra en 1937, en busca de su hermano Manolo, que con 15 se había alistado sin autorización y con nombre supuesto en un Tercio, en el de Lácar, ni mas ni menos.

Dejo ahora la palabra a mi padre, que en el citado libro, narra en primera persona lo que ocurrió tras encontrar a su hermano en el frente:

*Volvíamos a San Sebastián. Mi padre y mi madre se sentían muy aliviados, pero muy pronto mi hermano decidió que él quería volver a incorporarse al frente con autorización, lo que por supuesto yo también decidí hacer. Entonces “negociamos” con mis padres ir a una unidad de “Radio Requeté”, que tenía menos peligro, pero en la que un mes antes de incorporarnos, un gran amigo mío, Ernesto Cardona, “el gordo Cardona” como le llamábamos, perdió la vida en la batalla del Ebro, no conozco el detalle. En el mes de julio salimos. Fuimos a Zaragoza, casi todo el viaje en un vagón de mercancías, y pasamos una noche en la pensión Salduba, en la plaza de España, donde se une el Coso con el paseo de la Independencia. Zaragoza era interesante: soldados, requetés, falangistas, una ciudad en pie de guerra, eje para todo el frente. Al día siguiente seguimos también en tren a Teruel hasta Santa Eulalia del Campo, donde bajamos para ir en un camión al próximo pueblo de Alba, donde estuvimos en la “Segunda Compañía de Radio Requeté de Campaña”. Era un sitio apacible y nosotros estábamos deseosos de que nos destinasen a primera línea, lo que no llegó a ocurrir.*

Después de ello y de no pocas peripecias que cuenta con detalle en ese mismo libro, terminó su participación en la guerra en la Compañía de Tolosa del Tercio San Miguel. Pero eso es ya otra historia...

Debo también decir que en Radio Requeté de Campaña había luchado en su juventud el viejo notario de Pamplona, Javier Nagore Yarnoz, padre de María Victoria (Potoya) y de otros muchos hijos, a los que había conocido en mi infancia en Alicante, pues pasaban sus veranos cerca de donde los pasábamos nosotros, en Villa Navarra; y también debo indicar que con él coincidí después, de la mano de Javier Lizarza, el inolvidable Javier Lizarza, en muchas cosas relacionadas con la divulgación de su libro “*En la primera de Navarra: 1936-193: memorias de un voluntario navarro del Tercio de Radio Requete de Campana*” relativo a sus vivencias en esa unidad requeté.

Al comienzo del otoño de 2019 concertamos un encuentro el general Fernando Alejandre, Alfonso Bullón de Mendoza y yo mismo, en relación con el original de esas memorias del requeté compañero de su abuelo cuya publicación le ilusionaba, y mi

sorpresa fue mayúscula cuando caí en la cuenta de que el autor de las mismas era don Felix Urrizburu Cabodevilla, abuelo de esa joven colaboradora de la firma Elzaburu, Ana Sola Urrizburu... Y a esa sorpresa se unió la alegría de saber que don Félix sigue con vida en el momento de dictar estas líneas, en el que los pocos requetés supervivientes, han entrado ya o están en vísperas de sus primeros 100 años de vida...

Así que la publicación de este libro por la Fundación Ignacio Larramendi parecía una consecuencia inevitable y necesaria, y de ahí que nos hayamos aprestado a hacerlo posible, con la ayuda de nuestro sufrido editor, Juan Carlos Nieto (que padece las dificultades de tratar con quienes le encargan una edición cuyo original van construyendo al mismo tiempo que el lo edita...), con la aportación gráfica de las fotografías que se incluyen, cedidas con agrado por el infatigable Victor Sierra-Sesúмага, excepto aquella en que figura D. Félix, de su propio archivo, y con el añadido de la caricatura de un requeté de la unidad, que años después preparó el también requeté D. Miguel de Legarra, a quien la Fundación se honró en editar su libro: "De la calle Pi y Margall al Tercio de San Miguel"

Y puesto que ya esta obra incluye las vivencias de don Felix, fotografías y caricaturas, ¿por qué no una poesía? Y dado que el autor estuvo en la batalla del Ebro, en las acciones de la sierra de Cavalls, y en ellas era Alférez Provisional de la 6ª Bandera de Palencia de la 1ª División de Navarra, José María Zanduetta Munárriz, que público unos versos que aluden a esa acción y citan a la Compañía de Radio Requeté en la que luchó don Félix, no me he resistido a tomar prestados para incluirlos en esta presentación:

[...]

*Cavalls es un infierno de estridentes sonidos,  
de aludes de metralla, que en mortal aluvión  
acrecientan las bajas y el número de heridos.  
¡Sobre las alambradas, muerte y desolación!*

*Y en esto, a grandes voces, alguien grita: ¡Adelante!  
¡Requetés, viva España! ¡Fuego! ¡A la bayoneta!  
La terrible avalancha, rápida, impresionante*

*salta feroz, sin frenos, elástica saeta  
hecha punta de lanza y acerado cuchillo...*

*Se acometen, se esquivan, se apuñalan, se muerden,  
es furor y violencia su impulso arrollador  
y en macabras escenas de obsesionante brillo  
las cumbres del Cavalls los enemigos pierden  
y cruza los espacios victorioso clamor.*

*¡Primera de Navarra! ¡Lácar y Montejurra!  
y hermanados con ellos en una misma fe,  
la audaz Sección Primera, la antena que susurra  
el silbidito agudo de Radio Requeté!*

De lo hasta aquí dicho resulta curioso comprobar la multitud de interferencias cruzadas entre la familia Larramendi y la Fundación, el Tercio Radio Requeté de Campaña y don Félix Urrizburu... Esta sucesión concatenada de vinculaciones me hace pensar en si son "coincidencia" o "diosidencia". La coincidencia implica casualidad y la diosidencia causalidad; causalidad emanada de la Providencia. ¡Qué cada lector piense lo que le parezca! Pero en cualquier caso el libro que ahora presento, con recuerdos personalísimos de su autor, escrito en primera persona, merece la pena ser publicado, no sólo en memoria del paso por la unidad de Radio Requeté de Campaña de mi padre, sino también por su gran valor intrínseco como espejo de los ideales de jóvenes como D. Félix, así como en cumplimiento de los fines de la Fundación. Y por eso la Fundación Ignacio Larramendi se honra en ofrecer esta singular obra (-en edición electrónica abierta al mundo, pero también con impresión bajo demanda-) que cuenta con el enriquecimiento del inspirado prólogo del general Fernando Alejandro, que todavía, cuando dicto estas líneas, es Jefe del Estado Mayor de la Defensa de España, en esta época de incierto *omen*...

Luis Hernando de Larramendi Martínez  
Presidente - Fundación Ignacio Larramendi  
Madrid, 13 de Enero de 2020



## Prólogo

Tras el 18 de julio de 1936, y una vez se hubo constatado que el alzamiento militar no había obtenido el rápido éxito que esperaba, ambos bandos se vieron en la necesidad de organizar sus respectivas fuerzas a raíz de la fragmentación que los sucesos de los últimos días de julio habían ocasionado en la estructura de las Fuerzas Armadas. En el bando republicano, el Consejo de Ministros decidió, en la misma tarde del 18 de julio, licenciar a las tropas y cuadros de mando de las Unidades sublevadas procediendo a su disolución en un intento de “controlar” la situación en los cuarteles. Sin embargo, tal medida se generalizó de modo casi inmediato por lo que la República se encontró prácticamente sin Unidades militares organizadas y, casi a la vez, con la decisión del Gobierno Giral (en la mañana del 19 de julio) de entregar armas a las organizaciones obreras y a las milicias organizadas por los partidos de izquierdas.

Por su parte, las fuerzas sublevadas (lo que se ha dado en llamar bando nacional) se organizaron principalmente, en torno al núcleo constituido por el denominado “Ejército de África” reforzado con las unidades sublevadas en la Península, y también con las milicias que comenzaban a organizarse en los territorios bajo su control. Entre estas últimas pronto habría de destacar el denominado “requeté navarro”, término bajo el que se agrupaban, sin embargo, unidades –los llamados “Tercios”– formadas en muy diversos puntos de la geografía española como Aragón, Cataluña, Castilla o Andalucía.

En el marco de ese proceso de reorganización, una de las tareas que tuvo que acometer el bando sublevado fue la modernización de su sistema de comunicaciones, lo que tradicionalmente hemos conocido como “Transmisiones”. Lo hizo sobre la base del entonces único Regimiento de Transmisiones, el ubicado en El Pardo, que había huido a Segovia alineándose con el bando nacional, pero a la vez, reforzándolo con capacidades nuevas.

Entre esas capacidades, en octubre de ese mismo año y de la mano del citado “requeté” –en paralelo a la creación por parte de Largo Caballero del denominado Ejército Popular de la República– nació

el Tercio de Radio Requeté de Campaña. Era ese Tercio una unidad de Transmisiones moderna que no estaba basada en comunicaciones vía hilo telefónico sino en sistemas de comunicación inalámbrica, en transmisiones por radio.

Inicialmente, el Tercio de Radio Requeté se encuadró de forma exclusiva en las columnas navarras y una de sus Secciones en la Primera Brigada –posteriormente División– de Navarra, heroica formación glosada por el difunto notario pamplonica don Javier Nagore Yárnoz en su imprescindible obra “Luchábamos sin odio”.

Formada esta Sección del Tercio, como la práctica totalidad del mismo por voluntarios navarros –entre ellos el propio Nagore Yárnoz y el autor de la obra que aquí se prologa–, y en menor medida por vizcaínos, guipuzcoanos y hasta extremeños, el Tercio tuvo un temprano bautismo de fuego en la Campaña del Norte, donde pronto ganó merecida fama por su eficacia y operatividad.

Uno de aquellos voluntarios navarros, vecino de Lumbier, era un joven llamado Félix Urrizburu Cabodevilla, quien en febrero de 1937 se despedía de su madre para dirigirse al frente tras haber finalizado su adiestramiento. Destinado a esa Sección “de la 1ª de Navarra” como soldado de Transmisiones, su compañera principal durante toda la guerra habría de ser una radio de trece kilos sujeta a la espalda, aunque como el mismo autor señala “en más de una ocasión tuvimos que empuñar el fusil y las bombas de mano cuando las cosas se ponían feas en las trincheras”.

Hace ya años, yo acababa de leer la obra de Nagore antes citada, en la que de alguna forma se hablaba de mi abuelo, el entonces teniente de ingenieros Francisco Alejandro quien acabó la contienda siendo Jefe de Transmisiones de la 1ª de Navarra (ya División integrada en el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo a las órdenes del general García-Valiño). Fue entonces cuando tuve conocimiento de que don Félix Urrizburu vivía cerca de Madrid y le llame por teléfono. A raíz de eso tuve el placer de visitarle varias veces y de ponerle en contacto con mi padre, a la sazón General de División retirado e hijo, claro está, de su antiguo Teniente.

A lo largo de estas visitas se estableció un vínculo de camaradería y amistad que me llevó a pasar un verano largo, pero muy gratificante, pasando a mi ordenador las cuartillas mecanografiadas originales de don Félix contando sus vivencias de la guerra.

Ese archivo informático ha estado en mi casa los últimos veinte

años, pero no fue hasta hace unos meses cuando, por una casualidad, un amigo me habló de la posibilidad de publicarlo.

Como puede comprender el lector, habiendo transcurrido tanto tiempo yo estaba convencido de que don Félix habría fallecido y puede por tanto imaginar mi sorpresa –¡bendita sorpresa!– cuando me enteré de que don Félix está perfectamente.

Por supuesto, me apresuré a ponerme en contacto con él y a contarle mis gestiones. Como no podía ser de otra manera dadas su bonhomía y buen carácter, dio su consentimiento a la publicación del libro que tiene el lector en sus manos imponiéndome como condición, sin duda concebida como liviano correctivo por mi precipitación, el hacerme cargo de este prólogo, que espero pueda hacer justicia a la obra que sigue y, sobre todo, a la figura que la alumbró, don Félix Urrizburu, requeté, navarro y gran patriota.

A lo largo de las páginas que conforman estas memorias –pues este libro no es sino eso, un maravilloso entramado de recuerdos, propios y ajenos, que junto con un relato vivo y apasionado de los hechos que conformaban el telón de fondo de la época, construyen un retrato perfecto de la España en guerra– el lector encontrará heroísmo y sacrificio, admiración por las hazañas ajenas y nulo regodeo en los méritos propios, emoción y pesar por los compañeros caídos y compasión y respeto por el enemigo, dando ello buena cuenta de la calidad humana de don Félix Urrizburu, a quien su profunda fe católica y sólidas convicciones lo sostuvieron incólume durante el mayor conflicto de nuestra historia reciente.

Como digo, este no es un libro de guerra, ni tampoco pretende serlo. No es objetivo del autor dar a conocer los entresijos de las decisiones estratégicas, ni tampoco abrumar al lector con cifras, datos y fechas de las operaciones militares en las que el Tercio Radio Requeté de Campaña se vio involucrado. Este es un libro sobre hombres, sobre sus reflexiones y pensamientos más íntimos, sobre sus sentimientos en la época terrible que les tocó vivir.

Es un libro sobre el hambre, el frío, el miedo y el valor. Un libro sobre el sacrificio y las penalidades que arrostraron esos hombres ejemplares desde Éibar hasta el Cinturón de Hierro bilbaíno, desde Bilbao a Santander, desde allí a Oviedo, desde Gijón al crudo invierno de Teruel y de ahí al Mediterráneo. Para llegar luego a Gandesa transitando por el ensangrentado valle del Ebro y además, con las heridas aun frescas de las trincheras de la Sierra del Espadán. Todo

ello para acabar en Valdepeñas tras haber recorrido la geografía catalana y haber llegado a la misma raya de Francia.

Es un libro sobre canciones en las trincheras y compañerismo, sobre el orgullo de participar en un desfile victorioso y sobre el nudo en el estómago en los momentos después de repeler un ataque a la trinchera o de empezar a trepar hacia el vértice Caballs. Es, en definitiva, un homenaje a todos aquellos que, con independencia de bandos o ideologías, lucharon y en muchos casos murieron por España, y también, ¿por qué no decirlo en momentos tan poco propicios a este tipo de expresiones?, en homenaje a los españoles que protagonizaron el proceso de reconciliación y entendimiento que llevaría a nuestro país a la vía constitucional.

A todos ellos, y muy especialmente a don Félix, de quien me considero amigo y deudor, mi gratitud por brindarme la oportunidad de aportar mi granito de arena a esta obra. Con la mayor humildad y con el respeto que todo soldado merece y recibe de un camarada, pretendo con estas breves líneas rendir mi pequeño y particular homenaje a los que lucharon en el Requeté y, especialmente, a los que lo hicieron en el Tercio de Radio Requeté de Campaña.

Que todos ellos reciban, tal y como reza el himno de nuestra gloriosa Infantería, el beso de la Patria agradecida.

Madrid, 3 de enero de 2020

FERNANDO ALEJANDRE MARTÍNEZ, General  
Nieta de un excombatiente de la 1ª de Navarra

## Introducción

Cuando cae un libro en nuestras manos, después de ojearlo para anticipar si lo que nos ilusionó de su título se acerca al contenido que esperábamos, nos sumergimos afanosamente en su lectura y generalmente al llegar al final, sentimos la desilusión de que se acabó cuando el lector estaba dispuesto a seguir leyendo páginas y más páginas.

Este libro de la vida, es el que sin páginas escritas, pero con episodios que podrían llenar los tomos del Espasa, fuimos archivando en nuestras mentes los que por la gracia de Dios tuvimos que luchar por Él y por la Patria en la Cruzada de Liberación.

Los párrafos de los que allí anduvimos harían una charla interminable.

Muchos fuimos voluntarios requetés como otros lo fueron de la Falange y, puedo afirmar, que del “Libro de la Guerra” sacamos unas conclusiones y consecuencias que, a veces, le dejaban a uno perplejo.

Luchando con bravura todos llegamos a la conclusión inexplicable de cómo fuimos capaces de superar tantos sinsabores y pensamos: ¿Cómo fue posible que saliéramos airoso de lo del Norte?, ¿Cómo salimos de lo de Teruel y de lo del Ebro? y ¿cómo, por fin, enjuiciamos la guerra?

Generalmente se dice que la guerra es una de las calamidades apocalípticas y es verdad. Pero hay guerras y guerras.

Hay guerras a las que los hombres van sin ningún espíritu y entonces si que debe ser horrible la guerra, pero si a ella se va como fuimos nosotros, el asunto cambia radicalmente. Y no es que acabe de decir una solemne tontería. No.

Mucha gente blasona y airea su pacifismo o aversión a la guerra como si los demás fuéramos unos redomados belicistas y deseáramos la destrucción por sistema.

A nadie, a ninguna persona sensata le gusta la guerra. Esta es la realidad y a aquellos podríamos decirles con verdad: “No seáis más papistas que el Papa”.

Yo también odio la guerra, pero con la mano en el corazón digo a esos señores: En vez de gritar contra la guerra y lamentarse de ella, no colaboréis nunca –como lo hacéis– con los que la provocan, pues vosotros seguiréis siendo los culpables. A través de la historia, se ha visto que los que prometían paz y bienestar, son los que han provocado los conflictos.

La Guerra de Liberación (nuestra guerra) fue según dicen tantos hipócritas una guerra entre hermanos y yo les diría que es una bonita frase y suena muy bien.

Pero que en la realidad, no hubiéramos tenido que ir a ella si esos “hermanos” no hubieran llegado a los límites que llegaron y no nos hubieran obligado a que en la casa de todos (España), en vez de la voluntad del Padre (Dios) y de la madre (La Patria) se impusiera la de los “hermanos” soviéticos a quienes entregaron el timón y permitieron el “orden y mando”.

Y repito que la guerra es terrible claro está, pero cuando dejas de quedarte un tanto perplejo, piensas para tus adentros: ¿Pues sabes que la guerra tiene algo de bello? ¿Una sublime belleza trágica?

Alguien dirá: “Este está demente”. Pero no es así, quien esto crea, es que no sabe lo que son los verdaderos amigos leales, la gratitud profunda, la moral que da la ayuda arriesgada recibida sin pedir nada a cambio o el que alguien te salve la vida jugándose la suya sin conocerte.

No sabe lo que significan unas lágrimas que se escapan por las mejillas de unos hombres rudos y bravos ante los camaradas muertos a muchos de los cuales ni conocían. No sabe lo que representa la camaradería sin distinción de clases ni cunas.

En fin, hay pequeñas cosas que producen grandes efectos y afectos, y el amigo y compañero de la guerra lo será para toda la vida, pase lo que pase.

“Estuvimos juntos en el frente” es una frase que difícilmente olvidaremos.

Cuántas veces luchamos, nos arriesgamos, dormimos, comimos o pasamos hambre, sufrimos y cantamos o “nos pasamos” bebiendo juntos, cuántas veces pasamos momentos de zozobra y angustia para luego hallar momentos de alegría y juerga.

Y si todo esto no es bello, venga Dios y lo vea. Luego viene la paz y la vida impone sus exigencias volviendo, los hombres a los afanes diarios.

La camaradería ya no es la misma. Solo queda para los verdaderos amigos aquellos.

Nadie se conoce y si se conocen, aquel compañero de armas quiera o no, deberá –como todos– ocupar los desiguales puestos que la sociedad impone y el héroe anónimo de humilde condición piensa, lo que de absurdo tiene la paz, presidida por el egoísmo materialista las más de las veces y la nostalgia hace que durante mucho tiempo los hombres no se encuentren a sí mismos.

Generalmente, en la guerra se procuraba en todo momento estar a bien con Dios, cosa que en la paz se olvida fácilmente.

¿Piensa el pacifista en Cristo?.

### **Origen de Radio Requete**

Corría el año 1936 y con velocidad se fueron produciendo una serie de acontecimientos, que desembocaron en el Levantamiento del 18 de julio con todas sus consecuencias.

La Comunión Tradicionalista formando parte importantísima en el Alzamiento salvador de España, contribuyó con una generosidad ingente, colaborando en una complicada organización, incluida la faceta militar de los Tercios de Requetés, que junto a la Falange se unieron al Ejército formando una masa combatiente de primerísima calidad.

Los Tercios eran verdaderos batallones de infantería, disciplinados, bien organizados y pronto adquirieron justa fama por su arrojo y valor.

En número superior a los cuarenta y tantos Tercios, se fueron formando por toda la geografía española, incluidas regiones dominadas por las fuerzas republicanas y desde el principio al fin de la contienda, fueron unas unidades distinguidas por su calidad combativa.

Pues bien, entre los organizadores de tales unidades, un grupo de técnicos formó un Tercio de Transmisiones por nuevos sistemas, transmisiones por radio. Lo más moderno conocido a fin de enlazar por las ondas desde el puesto de mando del general (PC), hasta los de mando de batallón, trincheras avanzadas, compañías de asalto y emplazamientos artilleros. O sea, que el plan era más ambicioso de lo que en principio se suponía.

Aparecidos y puestos a punto los primeros aparatos, se vio que su servicio podía ser de una utilidad importantísima. Así nació el que sería Tercio de Radio Requeté de Campaña.

Adiestrados los primeros voluntarios, fueron enviados al frente vasco y pronto se vio que era un sistema ideal de enlace. El mando del Ejército se dio cuenta de que podía contar con un efectivo y eficacísimo servicio de comunicaciones por medio de unos pequeños aparatos, radioteléfonos de unos 13 kgs de peso, que a la espalda de los hombres estaría en el lugar preciso en cada momento.

Así nació la idea y así se llevó a cabo, seleccionando a los voluntarios que con unos conocimientos y un nivel cultural adecuado formaron en San Sebastián el Tercio de R.R. de Campaña del que formamos parte e intervinimos con gran eficacia hasta el fin de la contienda.

La organización del Tercio fue, como todos, por compañías, con su jefe y oficiales y es obvio que el “armamento” eran las emisoras portátiles lo que no impedía que cada individuo se procurara armas cortas siempre útiles a la hora de la verdad.

En más de una ocasión tuvimos que empuñar el fusil y las bombas de mano cuando las cosas se ponían feas en las trincheras.

Pero sigamos.

Cada, compañía tenía sus secciones al mando de un oficial asignadas a las Divisiones del Ejército y cada sección tenía escuadras (de 2 a 3 requetés) con su cabo o sargento. Las escuadras (que nosotros llamábamos “equipos”) eran destinadas como indico anteriormente, una con el general o coronel de la División, otras con los tenientes coroneles de las Agrupaciones y otras a las órdenes de los comandantes de los Batallones, Tercios o Banderas. A su vez estos, me refiero a los comandantes, en muchas ocasiones mandaban a su “equipo” con las compañías de asalto.

También se llevaron a cabo espléndidos servicios con las baterías de artillería divisionaria de acompañamiento.

Familiarizados los jefes de las grandes unidades y viendo la importancia y eficacia del medio que tanta utilidad les proporcionaba, pronto supieron apreciarnos y su trato para con nosotros muy apreciado y a lo largo del tiempo un tanto afectuoso.

Lo importante de nuestro servicio se reflejaba sobre todo, cuando a causa de los bombardeos y cañonazos las líneas telefónicas quedaban cortadas en momentos de incertidumbre en los combates, pues se daba la circunstancia muy frecuente que obligaba a los soldados de Transmisiones a una labor ardua, peligrosa y frecuentemente

efímera, pues después de toda una noche de recorrer la línea con los carretes a la espalda, los bombardeos aéreos o artilleros volvían a inutilizar las líneas.

El mando no podía estar sin comunicación y esto es lo que vino a evitar nuestra R.R. de Campaña (R.R.C.)

Estos éramos los que formábamos el Tercio y estos éramos los hombres que, con alta moral, entrega y sacrificio luchamos en la contienda, en la que muchos dejaron la vida, otros fuimos o fueron heridos y bastantes pasaron al Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria.

Este era, en resumen, el Tercio de R.R. de Campaña, que para abreviar llamábamos nosotros "Radio Requeté".

### **Las fotografías adjuntas**

Quizá la realidad sea que las que van en las páginas que siguen, debería denominarlas fotocopias mejor que fotografías, pero el hacerlo así por fotocopias suele interpretarse como de un escrito o documento.

Pero el objeto de esta explicación tiene otro sentido y es el de la calidad de las fotos. No hay que ser experto en el arte de la fotografía para juzgar la calidad de las que figuran en este "librico" pero quiero hacer constar que aunque en muchas de ellas el tono o claridad sea deficiente, he preferido que así figuren a suprimirlas pues lo que he pretendido es que todas cuantas aparecen lo sean por la originalidad, el lugar, los hechos, las personas y el recuerdo de lo que se detalla en las páginas con las que tienen relación directa.

Me he esmerado recurriendo a fuentes diversas para conseguir las fotos, de las cuales ya suponía la baja calidad del resultado, pero repito, el asunto reflejado en la foto me "podía" por encima de la calidad y tratándose de estas notas que me he permitido recopilar sin ninguna pretensión, solo con la de los recuerdos y con la ilusión de rememorar tantos momentos de los que fuimos protagonistas.

Momentos alegres muchos, muchísimos, gratos o muy gratos otros y menos agradables o muy desagradables, también, que de todo hubo. Pero, sobre todo, preside en mi ánimo el hecho de que el poco valor que pueda tener el contenido de este libro, quede compensado con la rememoración de la indiscutible realidad de los hechos.

Rotunda realidad. Todo es verdadero que es lo que importa y sobre todo el recuerdo de tantos amigos y camaradas, con los que nos fue dado vivir y convivir, los que, al paso de los años, siguen siendo aquellos jóvenes muchachos hoy con el pelo nevado pero con idénticos sentimientos.

O sea, como entonces.

Así que queda: aclarada la razón de este “prologuillo” y vamos al grano.

# **Campaña del Norte**

## ***(de Irún a Gijón)***

---





Cuando todo empezó. Pamplona, Plaza del Castillo. 18 de Julio de 1936 .  
FPEV Fondo del Burgo.

# Capítulo 1

## Camino del frente - Llegada a las trincheras

¡Que huecas suenan mis pisadas sobre el empedrado de la calle silenciosa, en este amanecer de febrero!

Del campanario de una iglesia han rodado despacio seis campanadas, y un sereno ha cruzado la calle haciendo sonar el llavero que pende del cinto, golpeando el suelo con su grueso chuzo.

Cuando se han apagado las pisadas, solo el roce de mis botas claveteadas sobre el pavimento, ha roto el silencio de la ciudad dormida.

La lluvia pertinaz y fría cae con lentitud y en el espejo oscuro de las aceras la luz del nuevo día que surge con pereza se refleja en caprichosas siluetas.

La ciudad duerme indiferente a mi dolor y a mi gozo.

¡Me voy el frente!

Parto para primera línea junto con otros compañeros movidos como yo por un imperativo de honor, pues a pesar de que ninguno por nuestros pocos años estamos obligados a ello, la voz sorda de la conciencia ante el recuerdo de tanto caído y los episodios de gloria que marcan la ruta de nuestro Ejército clamaba desde hacia tiempo ¡Emboscado!.

Yo no sé si otros jóvenes que a estas horas duermen en el mejor de los sueños han sentido esa voz interior, pero yo sé que, con este rasgo doloroso de hoy, me hago digno de los que luchan y mueren

y esto me basta. Sólo me entristece el recuerdo de mis familiares cuyos ojos somnolientos he dejado llenos de lágrimas.

Aún me quema el último beso de mi madre, así como el último recuerdo de sus cuidados marca una triste sonrisa en mis labios. En la estación alumbrada por unos débiles faroles de gas, me reúno con mis compañeros y su presencia me descarga en gran medida del peso indecible que oprimía mi corazón. También ellos sufren como yo y en el hogar suyo habrá en estas horas tanto dolor como en el mío; este vulgar razonamiento me devuelve un poca de alegría.

La campana hace sonar su último aviso por lo que nos apresuramos a subir a uno de los vagones. Silba la máquina y el tren se pone en movimiento lentamente.

Ante mis ojos van desfilando lugares llenos de recuerdos, el parque infantil escenario que fue de mis juegos, el río en cuyas orillas pescábamos y mientras tanto, la ciudad de donde partimos, se va alejando rápidamente y en la primera curva se pierde de nuestra vista.

Un mundo de cariños y de indefinidas ilusiones se quedan allí. ¡Adiós!

Pasados los primeros momentos de silencio, hablamos para acallar dolorosos pensamientos y la idea de que vamos camino del frente, lejos de inquietarnos, nos anima por lo que cualquiera que nos viera tan ilusionados, creería que es una excursión de placer a donde vamos.

Sin embargo, es la guerra la que nos llama. ¡Una guerra!, ¿cómo será aquello?

En nuestra noble imaginación no entran más que ideas confusas sobre el particular ya que jamás ninguno hemos oído el zumbido de una bala ni hemos pisado una trinchera, ni sabemos de un combate más que por las crónicas leídas o a lo sumo por referencias.

Y la verdad la conoceremos antes de lo que hubiéramos deseado.

Pasa el tren por paisajes conocidos y todo me parece familiar en esta querida y pequeña tierra que es Guipúzcoa.

Los valles, los pueblos, los ríos y la bruma que cubre los montes. La fina lluvia continúa cayendo persistente y la luz del día que ya consumió todas las nieblas, nos muestra los caminos convertidos en arroyos y los ríos arrastrando el sucio caudal de sus aguas.

Por las laderas, los caseríos diseminados entre los prados verdes, muestran el clásico paisaje vasco.

Hasta el mar, ese mar que sabe presentarse tan bello en otras ocasiones con sus azules tonalidades donde juegan mil reflejos dorados con la orla hirviente de la espuma de nieve, se rompe en flecos sobre las rocas, este mismo mar es una mancha gris inmensa color de plomo que guarda el secreto de las tempestades.

De vez en cuando, el tren se detiene en estaciones o apeaderos donde hay unos momentos de ajeteo en el andén y luego entre los que suben a los vagones.

Después, vuelve a su rodar monótono y empieza de nuevo el tamborileo de la lluvia sobre los cristales desde los que se siguen divisando parecidos paisajes mojados.

Así llegamos a nuestro destino, que es un apeadero cercano a Elgoibar, pues el tren no puede seguir hasta el pueblo que, con saña, es batido por la artillería roja desde Eibar sin descanso.

Nos unimos a la reducida masa de viajeros que se encaminan hacia el pueblo, cuando en la torre parroquial suenan nueve campanadas.

En las calles, a ratos entorpecidas y llenas de escombros de algunas casas destruidas por los bombardeos hay mucho movimiento de soldados de todas clases y de acémilas formando un gran campamento militar.

Nuestros uniformes nuevos, las flamantes y rojas boinas sobre todo limpias, desentonan entre la vestimenta llena de barro y remiendos de los veteranos y pronto somos el blanco de todas las miradas y en los que nos observan se ven algunas irónicas sonrisas.

Se adivina el despectivo calificativo acusador... ¡Quinto!

Caminamos en silencio por las empinadas callejuelas con la mirada puesta en el suelo, torturados por la pregunta obsesionante que está pugnando por salir de nuestras bocas: ¿Y dónde está el frente? Nuestras miradas escrutan los montes vecinos, pero la densa niebla que los cubre es la desoladora respuesta.

Hallamos el asilo de una fonda donde la chica que nos atiende, nos facilita los datos que precisamos, el frente está cercano, pero para llegar a las trincheras por el monte hay que caminar dos horas. Nos recomienda esperar a que mejore el tiempo pues los caminos serán barrizales.

De todos modos, decidimos incorporarnos cuanto antes.